

»brè culpable, serán eternos. ¿El temor del Gobierno? El temor no hace sino esclavos, y la Religion conduce por amor á la justicia. ¿El honor? Produce falsas virtudes. ¿El interés? ¡Há! El interés es antes por el contrario causa de que haya infractores y criminales. Solamente la Religion puede inspirar aquel amor del orden, aquel gusto del bien, aquella fidelidad de cada uno á sus respectivas obligaciones, y aquel respeto á la Ley, que hace que no nos desviemos de ella, aun quando tenemos seguridad de que la infraccion no será conocida. La Religion persigue el crimen hasta en el interior de la conciencia; manda á la accion y al pensamiento; y para observar las Leyes humanas, no hay sino ser fiel á las del Evangelio.“

XI. Si se exáminan todas las Religiones, aun las de los Pueblos mas cultos, no se hallará ninguna que no se haya formado poco á poco de las imaginaciones de los hombres. Los Griegos añadiéron al culto que habian recibido de los Egipcios; los Romanos al de los Griegos; los Chinos al de los Indios. La Religion de Jesu-Christo es la única que no ha recibido del tiempo mutacion ni alteracion alguna. Las demás Religiones eran por la mayor parte obra de los Poetas y de los Sacerdotes; los Filósofos Gentiles se burlaban del Paganismo; los Literatos de la China se reían de los adoradores del Idolo Fós; pero la Religion Christiana ha sido aprobada,

así de los Sábios como del Pueblo. La época cierta de su establecimiento, la certidumbre de su origen, las pruebas palpables de su divinidad; han sido motivo de que fuese admirada y abrazada en todas las condiciones de la vida humana. Las demás Religiones conducen al hombre del espíritu á los sentidos; el Christianismo lo lleva de los sentidos al espíritu: las demás Religiones nos dan ideas baxas y ridículas de la Divinidad, y todas se proponen abatir al Sér Supremo, para elevar al hombre; al paso que el Christianismo se propone abatir al hombre, para elevar á Dios. Las demás Religiones han querido que la Divinidad tuviese la imágen del hombre, y que estuviese sujeta á las mismas flaquezas; el Christianismo enseña que el hombre debe llevar la imágen de Dios, y hacerse perfecto y santo, porque sirve á un Señor perfecto y santo. En las demás Religiones hallamos usos abominables, misterios crueles y odiosos, sacrificios de sangre humana; la Ley de Jesu-Christo corrió el velo que cubria tan grandes crímenes, y puso al descubierto la impostura de los Sacerdotes idólatras; alargó el brazo hasta el altar de las Naciones, para derribar los simulacros ridiculos, ante quienes el vulgo se postraba; detuvo la cuchilla de los bárbaros sacrificadores, y arrancó de las manos de la muerte muchas víctimas desgraciadas, que la credulidad hacía inmolar al marmol, á la madera y á los metales. Es-

ta, pues, era la única Religion que producía verdaderas virtudes, podia disipar nuestra ceguera, curar nuestra miseria, hacer cesar nuestra baxeza, producir nuestra verdadera grandeza, elevarnos y santificarnos.

XII. *Al paso que los Príncipes Mahometanos, dice el Autor del Espiritu de las Leyes, dan sin cesar la muerte y la reciben, vemos que la Religion entre los Christianos hace á los Príncipes menos tímidos, y por consiguiente menos crueles. El Príncipe cuenta con sus vasallos, y los vasallos con el Príncipe. ¡Cosa admirable! La Religion Christiana, que al parecer no tenia otro objeto que la felicidad de la otra vida, causa tambien nuestra felicidad en esta. El Christianismo, no obstante la extension del imperio y el vicio del clima, impidió que el despotismo se estableciera en Etiópia, y llevó hasta el centro del Africa las costumbres de la Europa y sus Leyes.... Pongamonos á la vista, de un lado las matanzas de los Reyes y de los Generales Griegos y Romanos, y de otro la destruccion de los Pueblos y de las Ciudades por aquellos mismos Generales, Timur y Gingiskam, que devastaron el Asia, y veremos, que nosotros debemos al Christianismo, así en el Gobierno un cierto derecho político, como en la guerra un cierto derecho de gentes, que la naturaleza no podria reconocer bastante por sí sola.*

XIII. Finalmente, lo que debe hacernos formar la idea mas sublime del Christianismo, lo que debe convencernos de que su espíritu y sus

máximas han sido siempre infinitamente superiores á lo mas sábio y mas sublime que admiramos en las Leyes, en la Moral, en el Culto y en las Constituciones de los Pueblos mas socializados, son los elogios que han hecho de él aquellos mismos, que por su clase, por su Religion, por la fuerza de sus preocupaciones, se creian mas interesados en impugnarlo y proscribirlo. Plinio el joven en su carta á Trajano, habla de los Christianos en unos términos que los favorecen mucho. *Yo no sé, dice, ni el castigo que los Christianos merecen, ni en qué son culpables. Se asegura que todo su crimen está reducido á que se congregan á ciertas horas de la noche, y cantan alternativamente Himnos en honra y gloria de Christo, á quien miran como á un Dios. Dicese tambien, que hacen juramento de no cometer robos, latrocinios ni adulterios, de no carecer de fe, y de no negar jamás ningun depósito.* Igualmente Antonino Pio, en la carta que escribió á los Príncipes del Asia, admirando la constancia y fidelidad de los Christianos, dice de ellos, que preferian el confesar á su Dios en medio de los mas crueles tormentos, á la tranquilidad que podia resultarles de negarlo; por lo que, parece, que ponian en él su mayor confianza. Bien sabido es, que Orígenes era consultado por los Sábios de su siglo; los Emperadores leían las Apologías de Quadrato, de Melitón, de Atenágoras, y de Tertuliano; Libanio de Antioquia amaba tiernamente á San Ba-

silio y á San Chrisóstomo, y los mas engeñados Gramáticos escribian á San Agustín, como á un prodigio de eloqüencia y de erudicion.

XIV. Tenemos además un elogio completo de los Christianos, de sus costumbres, de su paciencia y de su piedad, en aquella famosa carta, que Marco Aurelio escribió á la Ciudad de Éfeso, y que Eusebio refiere en *el lib. 4. Hist. Eccles.* y San Melitón en su Apologia al Emperador Vero.

XV. Lo que principalmente contribuyó á inspirar á aquel gran Príncipe sentimientos de moderacion hácia los Christianos, fue el éxito de una famosa batalla, que referiremos en compendio.

Como todas las Naciones, desde la Iliria hasta los Gaulas y el Oceano Germánico, estuviesen resueltas á sacudir el yugo de los Romanos, fue preciso que el Emperador Marco Aurelio marchase contra aquellos bárbaros. Dexóse por desgracia cercar de los Quados en un país fragoso (hoy la Bohemia), y habiendoles faltado el agua á sus soldados por espacio de cinco dias, comenzó el calor á engendrar enfermedades, y el enemigo tenia cercado al ejército Romano por todas partes. En este conflicto, los Romanos recurrieron á sus Dioses, pero en vano. La Legion de Mitilene, que casi toda era Christiana, se hincó de rodillas á vista de los dos ejércitos, y empezó á invocar al Dios del cielo y de la tierra. Inmediatamente se cubrió de nubes el hori-

zonte, y cayó en el campo del Emperador una cantidad tan prodigiosa de agua, que los soldados la recibian abundantemente en sus bocas, llenaban los cascos, y daban de beber á sus caballos. Los Germanos intentáron entonces acometer á los Romanos, pero una piedra espantosa, acompañada de rayos, los puso en desorden inmediatamente. Esta historia está sacada de Dion, Historiador célebre, que escribió la vida de Marco Aurelio; de Orosio, de Xifilino, de Julio Capitolino, la mayor parte Escritores Profanos; del Poeta Claudiano, que se explica en estos términos: *El honor de esta victoria no debe atribuirse á los Generales: una lluvia de fuego cayó sobre el enemigo; el alazán rodeado de llamas, agita y sacude al tímido Caballero; el Soldado siente que se funde su casco; ve que el hierro de la lanza y de la espada se convierte en riachuelos de metal fluido y corriente. En este combate el Cielo obró solamente, y las armas de los mortales fueron inútiles.* El ejército con este motivo proclamó Emperador por séptima vez á Marco Aurelio; y el Senado le erigió en Roma una famosa columna, en que estaba representada en baxo relieve esta derrota. Súidas, Lampridio, y principalmente Teomistéo en su discurso á Teodosio, encarecieron sobre manera este acontecimiento: si bien es cierto que lo atribuyéron á una turba de encantadores, que tenian el poder de conjurar á los demonios; porque con aquel nombre se signifi-

caba ya hacía mucho tiempo á los Christianos; pero los Apologistas y los Padres de la Iglesia se sirviéron de este hecho con la mayor ventaja, para probar el poder y la verdad de la fe en Jesu-Christo. Desde entonces se dió á la Legion de Mitilene el nombre de *fulminante*, y quando el Emperador participó aquel suceso al Senado, exclamó el Pueblo públicamente: *gracias al Dios de los Dioses, que es el único Todopoderoso.*

De aquí resultó la carta á la Ciudad de Éfeso; y aunque no conservamos su original, con todo Eusebio, Orosio, Paulo Diácono, Nicéforo y San Gerónimo hablan de ella en términos de haberla leído; y el Obispo Apolinario, en la Apologia al mismo Príncipe, se la cita para moverlo, y Tertuliano, veinte y cinco años despues, hace mencion de ella en su Apologético al Senado. *No teneis, dice, si no buscar y leer la Carta del sábio Emperador Marco Aurelio, en la qual afirma, que los soldados Christianos de su ejército obtuviéron del Cielo, mediante sus ruegos, una lluvia copiosa que salvó á los Romanos en la guerra de Germánia.* Tambien habla del edicto en favor de la Religion, añadiendo que los delatores de los Christianos fuéron por su orden castigados con pena de muerte: luego reprehende á los Paganos, porque atribuían á su Júpiter el honor de esta victoria, siendo así que el Príncipe, y aun el Pueblo, la habian atribuido á los Christianos.

XVI. Finalmente tenemos la Carta que en favor del Christianismo dirigió el Emperador Adriano á Minucio Fundano, Proconsul de Africa; de la qual hace particular mencion Eusebio en el lib. 2. Hist. y que se halla copiada al fin de la primera Apologia de San Justino, juntamente con la de Antonino Pio, que algunos han atribuido á Marco Aurelio.

XVII. Estas confesiones que la verdad arrancaba de la boca de los Gentiles, son una demostracion de que las costumbres de los primeros Christianos debian de ser muy irreprehensibles; y de que no habia medio ninguno para obscurecer la reputacion de aquellos, cuya Religion se oponia á las Leyes, turbaba las costumbres, mudaba los usos, destruía el culto recibido, reducía á cenizas los Dioses del Imperio; Religion por otra parte austera, incómoda y enemiga de los deleytes y placeres. Esta Religion sin embargo venció todos los obstáculos que las preocupaciones y las costumbres le oponian; echó raíces, no solamente en medio del Pueblo, sino entre los Grandes y Sábios; y fue abrazada por los hombres que menos se sospechaba que fuesen crédulos, por los soldados, los Cortesanos, los Príncipes, los libertinos, á quienes sujetaba al yugo de una vida dura y religiosa; por los voluptuosos, á quienes condenaba á la penitencia; por los avaros, á quienes despojaba de sus bienes; finalmente por todos los hombres, á los

quales no ofrecia sino oprobios y suplicios.

XVIII. Por último, hace ya cerca de mil ochocientos años, que aquella Ciudad famosa por el trono de los Césares, por la pompa de sus vencedores, y por los monumentos que erigia á Divinidades imaginárias, é Idolos infames; hace, digo, cerca de diez y ocho siglos, que aquella soberbia Roma consintió en quemar sobre sus propios altares, los simulacros que habia adorado: de suerte que las mismas manos que sacrificaban al Demonio, ofrecieron incienso á Jesu-Christo. Ya no se ve hoy Júpiter Capitolino, ya no hay Panteón, oráculos ni augurios: la Silla de San Pedro descansa sobre los sepulcros de los antiguos Señores del mundo, y los despojos de sus primeros Apóstoles son tenidos en mayor veneracion, que los arcos triunfales y los obeliscos erigidos antiguamente en honor de sus Cónsules y Dictadores. Una mutacion tan absoluta, tan admirable y tan universal, no es obra de la fuerza, de la violencia ó de la tiranía, sino de la suavidad, de la paciencia, de la pureza de costumbres, de la luz, y de las señales resplandecientes que acompañaron siempre á la predicacion del Evangelio.

Fin del tomo segundo.

FE DE ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEE
109.	20.	acomadadas	acomodadas
115.	25.	patticular	particular
142.	30.	acciones	oraciones
216.	5.	entre las tinieblas	entre tinieblas
290.	12.	alma	mal
295.	4.	prorumpimos	prorumpimos
328.	8.	Cristianos.	Christianos